

# BOLETÍN

DE LA

# REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

---

TOMO CCXIX



MADRID  
TOMO CCXIX - CUADERNO 1  
ENERO-ABRIL DE 2022



## SEMBLANZA DE FEDERICO DE ONÍS

Se ofrece, a continuación, una breve reflexión sobre la biografía del salmantino Federico de Onís, catedrático que fue catedrático de las universidades de Oviedo, Salamanca y Columbia, en Nueva York, para terminar su carrera académica en la Universidad de Puerto Rico, donde murió<sup>1</sup>.

También es muy reconocido como autor de una extraordinaria *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*<sup>2</sup>, que cubre 50 años cruciales de la vida cultural española, los de la llamada Edad de Plata, que se cierra en 1936. Onís fue, además, una pieza fundamental en las relaciones intelectuales con los Estados Unidos y, desde allí, con todos los países del continente americano. Onís falleció en octubre de 1966, cuando ya había rebasado los 80 años de edad.

Federico de Onís era dos años más joven que Ortega y Gasset y, desde el primer momento, pasó a formar parte de la generación de 1914, que acaudillaba el filósofo madrileño.

La amistad entre ellos pudo comenzar en el otoño de 1907, con ocasión de una visita a Salamanca de un Ortega, de 24 años, para entrevistarse –en un sorprendente pie de igualdad– con Miguel de Unamuno, el rector de la Universidad, que era casi 20 años mayor que el joven madrileño. Este acababa de regresar de una prolongada estancia en Alemania y estaba en el comienzo de una brillante carrera intelectual.

Les debió de presentar Unamuno, que había sido, hasta entonces, el mentor de Onís durante los años de su formación académica, tanto en Salamanca como cuando tuvo que trasladarse a Madrid para realizar el doctorado con Ramón Menéndez Pidal, ya que, en aquellos años, el título de doctor sólo se podía obtener en la Universidad Central.

La doble relación de Onís con Unamuno y con Ortega le marcaría profundamente en los años siguientes y le convertiría en testigo privilegiado –cuando no en víctima– de las difíciles relaciones que siempre hubo entre Unamuno y Ortega, que fueron penetrantemente analizadas por Vicente Cacho<sup>3</sup>.

---

1 O. RUIZ-MANJÓN. *Entre España y América. Federico de Onís (1885-1966)*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2019.

2 Casa Editorial Hernando, Madrid, 1934. Reimpresa en Sevilla: Renacimiento, 2012, con un excelente estudio introductorio de Alfonso García Morales.

3 V. CACHO VIU. *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 131-154.

En su calidad de componente de la generación de 1914, participó con entusiasmo de los pronunciamientos generales de aquel grupo, que se caracterizaba por estar formado por personas de buena formación académica –filósofos e historiadores, pero también científicos e ingenieros– empeñados en una profunda transformación de la sociedad –la elaboración de una “moral social”, habría dicho Cacho– como condición previa a una profunda transformación de la vida política. Había en ellos una intensa conciencia generacional, que los distinguía de la generación anterior –la del 98– mucho más confusa en sus análisis políticos y en sus propuestas de reforma.

Ramiro de Maeztu ya había columbrado a esa misma generación por los mismos días en que España digería las noticias del Desastre de Cuba y Filipinas: “Sé que hay diez mil hombres en España, que estudian en sus casas y trabajan y crean y son desconocidos. A ellos les pertenece el porvenir. A fe que ya es hora de que salgan a la luz”<sup>4</sup>.

Un instrumento para el lanzamiento de los proyectos de transformación que traía esta generación del 14 serían la Junta para Ampliación de Estudios –creada en 1907, pero que no adquiriría velocidad de crucero hasta después de la caída del gobierno Maura en 1909–. También el Centro de Estudios Históricos o las personas que orientaban la Residencia de Estudiantes, entre los que se contó el propio Onís.

Por otra parte, se podría decir que el momento generacional de todos ellos sería la conferencia “Vieja y nueva política”, que un brioso Ortega pronunció en el Teatro de la Comedia de Madrid el 23 de marzo de 1914.

Constancio Bernaldo de Quirós nos ha dado noticia<sup>5</sup> del hecho, fuertemente simbólico, de que Francisco Giner de los Ríos, que apenas salía ya del cálido refugio que se había organizado en el paseo del Obelisco, acudió a escuchar las palabras de Ortega en un gesto que tenía mucho de entrega del testigo al líder emergente de la nueva generación. De hecho, Giner ya se lo había adelantado a Ortega en una carta de mayo de 1911: “En ustedes –y en usted, personal y especialmente– está la fuerza hoy y por tanto la responsabilidad”<sup>6</sup>.

Federico de Onís también se sintió partícipe de esa responsabilidad generacional y, ya en octubre de 1912, la había manifestado con ocasión de la lección inaugural del curso en la Universidad de Oviedo, donde acababa de ocupar la cátedra de Lengua y Literatura españolas. En aquella ocasión se consideró convocado a “la gran obra de despertar la conciencia nacional”.

4 R. DE MAEZTU. *Hacia otra España*. Bilbao: Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, 1899, p. 20.

5 C. BERNALDO DE QUIRÓS. “Recuerdos y enseñanzas de Don Francisco Giner”, en *Estudios Jurídicos en Homenaje al profesor Luis Jiménez de Asúa*. Buenos Aires: Abeledo-Perrot, 1964, p. 202.

6 Carta de Francisco Giner de los Ríos a José Ortega y Gasset (13 de mayo de 1911), en *Revista de Occidente*, Madrid, 3, 23 (febrero de 1965), p. 132.

Años después recordaría: “Tomábamos entonces todos la vida muy en serio, y el joven profesor que era yo entonces, se expresaba con excesiva rigidez intelectual y sentía múltiples responsabilidades”<sup>7</sup>.

El discurso de Oviedo provocaría una pequeña polémica periodística, animada, como en tantas otras ocasiones, por *Azorín*, y el joven catedrático salmantino quedaría incorporado inmediatamente a la nómina de la nueva generación que lideraba Ortega. En ella podría incluirse también a Ramón Pérez de Ayala, Luis de Zulueta, Fernando de los Ríos, José Castillejo, Américo Castro, Blas Cabrera, Julio Rey Pastor, Salvador de Madariaga, Manuel Azaña o Gregorio Marañón. Y, si se alargaba la mirada hacia Cataluña –Barcelona se podía considerar el polo alternativo de la vida cultural española–, también podría considerarse de esa generación a Eugenio d’Ors, que se presentaba a sí mismo como *noucentista*, Pau Casals, Josep Pijoan y Agustí Calvet, *Gaziel*.

Federico de Onís, por supuesto, también participaría de algunas iniciativas de inspiración institucionista que se crearon durante aquellos años y, aunque no fue becario de la Junta para Ampliación de Estudios, sí se incorporó muy pronto al Centro de Estudios Históricos que dirigía Ramón Menéndez Pidal. Allí coincidiría con Américo Castro, Claudio Sánchez-Albornoz, Tomás Navarro Tomás, Eduardo de Hinojosa, Manuel Gómez-Moreno, Rafael Altamira, Miguel Asín Palacios, Julián Ribera, Felipe Clemente de Diego y Antonio García de Solalinde.

También tuvo Onís una participación muy activa en las actividades de la Residencia de Estudiantes de Madrid, de la que fue nombrado director de estudios al poco de iniciar esta su presencia en la vida cultural madrileña. Allí daría una conferencia, “Disciplina y rebeldía”, en noviembre de 1915, que quiso también ser un manifiesto generacional.

La intervención de Onís, por su tono de llamada a la juventud, y por la misma forma de su discurso, parecía un eco del *Ariel*, del argentino José Enrique Rodó que, desde 1900, había sido tan decisivo en el impulso del movimiento hispanista. Eugenio d’Ors, siempre atento, desde Barcelona, a la vida cultural madrileña, no dejaría de levantar acta de la conferencia de aquel joven catedrático salmantino.

Onís, mientras tanto, había conseguido el traslado a la Universidad de Salamanca en marzo de 1916 y, a sus 30 años, parecía a punto de volver en triunfo a su tierra natal.

Todas esas expectativas cambiarían radicalmente con un telegrama que Onís recibió un par de meses después. El presidente de la Universidad de Columbia, de Nueva York, le preguntaba si aceptaría un puesto de profesor de lengua y literatura españolas. La invitación respondía al extraordinario auge que, con motivo de

---

<sup>7</sup> F. de ONÍS. *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1932, p. 11.

la primera guerra mundial, habían experimentado los estudios de lengua española y la respuesta, en el telegrama de Onís, sólo tenía una palabra: “yes”.

La oferta de Columbia no había sido una apuesta a ciegas. En ella habían intervenido el mecenas norteamericano Archer Milton Huntington, fundador de la Hispanic Society, de Nueva York, que se había procurado los buenos oficios de Ramón Menéndez Pidal y de Guillermo Joaquín de Osmá, conde de Valencia de Don Juan.

Las gestiones se realizaron tan rápidamente que, cinco meses después de aquellos telegramas, Federico de Onís estaba ya en Nueva York. El catedrático salmantino, partícipe entusiasta de los anhelos de su generación, se veía al comienzo de una nueva vida, con la que, quizás, no había soñado jamás.

En los 50 años que transcurren hasta su dramática muerte en 1966, Onís cambió radicalmente sus ocupaciones y su proyecto de vida, hasta el punto de convertirse en un personaje del que cabría resaltar tres elementos determinantes de su figura.

En primer lugar, su apertura decidida hacia la comprensión de la literatura en lengua española como una realidad que afectaba a las dos orillas del Atlántico y que le aconsejaba abrirse a la lengua portuguesa, también presente en ambas orillas: “Ya antes de salir de España —escribiría años después<sup>8</sup>— sentía la atracción de la América española como razón última del ser histórico de España. Mi trato con Unamuno me había preparado para conocerla, y ésta es quizá mi mayor deuda para con él”.

Uno de sus primeros hallazgos, en ese sentido, fue la poesía de la chilena Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, mucho más conocida como *Gabriela Mistral*. Sobre ella dio una conferencia a comienzos de los años veinte a la vez que la presentaba al público norteamericano a través de la edición de su libro *Desolación*.

Y, cuando llegó el momento de dar un carácter institucional a la tarea de difusión de la cultura española que venía haciendo desde la Universidad de Columbia, Onís creó, en 1921, el Instituto de las Españas, con la intención de subrayar que había Españas a los dos lados del Atlántico. En el instituto neoyorquino serían acogidos numerosos intelectuales hispanoamericanos como la propia Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, José Vasconcelos o Pedro Henríquez Ureña. Julián Marías también recurrirá a la imagen de las Españas, en el mismo sentido con el que lo había empleado Onís, en el subtítulo de su *España inteligible*.

En segundo lugar, la tarea de Onís también es destacable por su empeño en llevar la cultura española, la de la llamada Edad de Plata, al público de los Estados Unidos.

---

8 F. de ONÍS. *España en América: estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*. [San Juan]: Universidad de Puerto Rico, 1955, p. 9.

Desde el primer momento de su estancia en Nueva York puso el mayor empeño en que fuera conocida la literatura española de su época y, en el verano de 1917, se dirigió a la librería de Victoriano Suárez, que era una de las más prestigiosas de Madrid, para hacer un pedido de libros de literatura en nombre de la Hispanic Society de Nueva York. La lista constituía un verdadero canon de la literatura española del último medio siglo, en el que se incluían los nombres de Pérez Galdós, Pardo Bazán, Unamuno, *Azorín*, Baroja, Valle-Inclán, Ricardo León, Palacio Valdés, Benavente, los Quintero, Marquina, Juan Ramón Jiménez, los Machado, Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala.

Por otra parte, Onís se empeñó también en la publicación de ediciones bilingües de esos mismos autores, con el fin de hacerlos accesibles a los estudiantes de español en los Estados Unidos. Para ello estableció un acuerdo con una casa editorial de Boston. La serie de “Spanish Contemporary Texts” se iniciaría, ya en 1918, con tres comedias de Jacinto Benavente, y los títulos se acumularían en los años siguientes.

Pero el fenómeno literario del momento entre el público norteamericano era Vicente Blasco Ibáñez porque su novela de la guerra europea —*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*— se había convertido en un *best-seller*. La película posterior, que protagonizaría Rodolfo Valentino y se estrenó en los Estados Unidos en marzo de 1921, no hizo sino remachar el éxito.

En la estela de ese éxito, Onís establecería contacto con Blasco, al que le organizó una gira de conferencias a la vez que se ofrecía a realizarle gestiones de representante literario. En todo caso, esos contactos literarios no deben confundirse con el afecto personal ni, mucho menos, con el aprecio a la obra literaria del escritor valenciano:

Me he interesado, además, por Blasco Ibáñez —le confesaba a Ortega y Gasset en una carta de finales de 1919— porque su enorme popularidad aquí (tan enorme como incomprensible; mayor que la de ningún escritor vivo) es una puerta abierta por donde puede introducirse lo poco que hay de bueno en la literatura española<sup>9</sup>.

Por cierto, que, pese a la intensa relación que habían mantenido antes de la marcha de Onís a los Estados Unidos, los contactos con Ortega se espaciaron en los años siguientes, aunque, en los treinta, Onís hizo alguna gestión para que Ortega —que era ya muy conocido por la edición norteamericana de *La rebelión de las masas*— impartiese un prestigioso ciclo de conferencias en la Universidad de Harvard. Sin embargo, los compromisos intelectuales del filósofo y un poco

<sup>9</sup> Archivo de la Fundación Ortega-Marañón (AFOM), C-38/10, Carta de 20 de noviembre de 1919.

también la barrera del idioma inglés, que Ortega no dominaba, se le manifestó infranqueable y tuvo que renunciar al ciclo.

En cuanto al que había sido su mentor de la infancia, Miguel de Unamuno, Onís se limitaría a gestionar la publicación de algunos de sus textos, porque la relación entre ambos quedó muy dañada tras la intromisión del vasco en el pleito matrimonial de su discípulo. Una crisis matrimonial que daría mucho que hablar en la pacata Salamanca de los años veinte y que no pudo convertirse en un divorcio formal hasta después de implantada la Segunda República.

Los únicos momentos de acercamiento afectivo entre maestro y discípulo no se producirían hasta que se produjo la muerte de Concha Lizárraga –la mujer fuerte en el seno de la familia Unamuno–, y los emocionados momentos que se vivieron en muchos lugares de España, con ocasión de la jubilación emocionada del viejo rector. Onís, desde su Instituto de las Españas, en Nueva York, se hizo eco de aquella despedida apoteósica.

Y, en tercer lugar, habría que señalar el empeño de Onís por convertirse en un puente entre los intelectuales españoles y americanos en los años que llevan hasta la Guerra Civil Española. Una tarea que indicaba un cambio notable de perspectiva por cuanto, antes de la Primera Guerra Mundial, el ámbito casi exclusivo para la formación de los intelectuales españoles había sido Alemania y sus espléndidas universidades.

Esas universidades alemanas acaparaban la casi la totalidad de los premios Nobel en materias científicas, con la participación, más modesta, del Reino Unido y de Francia. Sólo hubo dos norteamericanos –y uno de ellos era de origen polaco– que recibieran el premio Nobel en materias científicas antes de 1914, y la presencia de científicos americanos en el palmarés del Nobel no se generalizaría hasta la década de los treinta, cuando el antisemitismo nazi empezó a diezmar la comunidad científica.

Pero las universidades americanas habían salido de la Gran Guerra con una extraordinaria vitalidad y Federico de Onís empezó a recibir la visita de compatriotas, ávidos de explorar las nuevas oportunidades que se abrían en el continente americano.

Habría que señalar, como pioneras, las visitas de José Castillejo –el *factotum* de la Junta para Ampliación de Estudios– y la de María de Maeztu, que representaba un nuevo tipo de mujer española y que sintonizó muy bien con las primeras norteamericanas que se habían propuesto una tarea de formación de la mujer española: las dirigentes del International Institute for Girls in Spain. Tanto Castillejo como María de Maeztu tuvieron una excelente acogida en los Estados Unidos a mediados de 1919.

A ellos podrían añadirse las repetidas visitas de Fernando de los Ríos, Américo Castro o Salvador de Madariaga. Todo esto sin olvidar a los artistas como Pau Casals, Andrés Segovia, Raquel Meller, Antonia Mercé, *la argentina*; o



Encarnación López, la *argentinita*. La conocida foto en la que Federico García Lorca está sentado delante de una gran esfera en el campus de la Universidad de Columbia debe mucho a Federico de Onís, que le acogió en la universidad neoyorquina, mientras el poeta gestaba ese decisivo libro que fue *Poeta en Nueva York*.

La Guerra Civil Española dio al traste con todo aquello y Onís, que manifestó desde el primer momento su solidaridad con el Gobierno republicano, se transformaría también en el gestor de la miseria y de las angustias de muchos amigos.

Acogió en la propia Universidad de Columbia, durante algún tiempo, al mismo Menéndez Pidal, con el que mantuvo patentes diferencias políticas, y procuró favorecer la situación de amigos más cercanos como eran Américo Castro, Claudio Sánchez-Albornoz, Tomás Navarro Tomás, Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez.

De hecho, terminada la Guerra Civil y confirmado el proceso que dividió tan profundamente a los intelectuales españoles del exilio, de los que se quedaron en España, la vida de Onís pareció perder el vivísimo aliento que le había mantenido en tensión antes de aquella trágica ruptura.

Onís quedó convertido en un prestigioso profesor de una conocida universidad norteamericana, que paseaba sus conocimientos y relaciones por todo el continente americano. Nunca volvería a España y ni siquiera se acercó a las tierras europeas.

En la Universidad de Puerto Rico —su último destino académico— se reconciliaría definitivamente con Juan Ramón Jiménez, con el que había mantenido unas tormentosas relaciones en los momentos iniciales de la guerra, que hemos conocido por las cartas de Zenobia.

En los años cincuenta, sin embargo, la cordialidad de los dos viejos amigos se había restablecido y Zenobia —en un claro gesto de reconciliación— regaló a Onís los útiles para trabajar el campo, a la vez que reconocía: “Onís es el mejor psiquiatra que Juan Ramón ha tenido y le dedica buena parte de las mañanas del domingo”<sup>10</sup>. Onís, por su parte, cuando acababan esas visitas dominicales, se ponía a fumar frenéticamente, porque no podía hacerlo en presencia del poeta de Moguer.

Ese último refugio académico puertorriqueño permitiría a Onís reencontrarse también con el idioma español y le llevaría a viajar por muchas universidades de la América española, hasta su muerte, en octubre de 1966.

Su segunda esposa, que había sido también la traductora de un gran número de obras literarias españolas, eligió para su epitafio unos versos de Amado Nervo:

---

10 Carta de Zenobia Camprubí a Alberto Jiménez Fraud (20 de febrero de 1955), en *Alberto Jiménez Fraud. Epistolario*. Volumen III. Málaga y Madrid: Fundación Unicaja y Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2018, p. 184.

“Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.  
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!”

OCTAVIO RUIZ-MANJÓN  
Real Academia de la Historia